

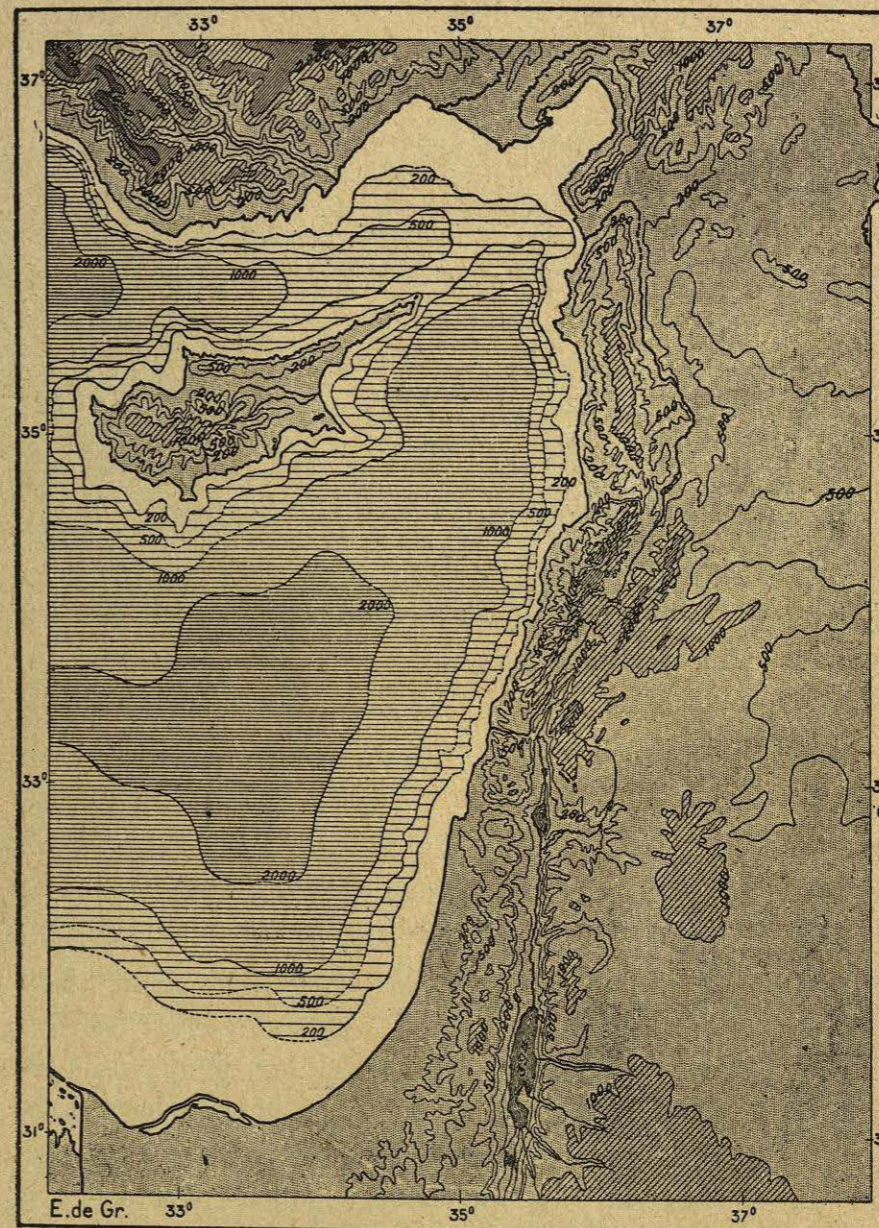
Comparada a la parte continental del Asia Menor, es decir, a su masa cuadrangular, sin contar las franjas helénicas, la banda estrechísima del litoral sirio, que se extiende de Norte a Sur, entre el golfo de Alejandreta y el golfo de Pelusa, presenta una oposición de las más notables. En proporción de la pesada península anatólica, el territorio de Siria es de una superficie mucho menor, pero su valor histórico fué más considerable, gracias a las emigraciones de los pueblos, que se dirigieron hacia esas comarcas, a los combates que allí se produjeron por la fuerza misma de las leyes naturales, a las civilizaciones que hizo nacer la disposición geográfica de las vías convergentes.

Para juzgar de las ventajas primordiales cuyo beneficio recogieron los Fenicios y a las cuales debieron la extrema importancia de su obra en la historia de la humanidad, es preciso cercenarse a una gran altura sobre la superficie de las tierras, elevarse en aerostato, por decirlo así, y seguir con la mirada sobre nuestra pequeña bola planetaria los caminos que siguen las caravanas de mercaderes y los pueblos emigrantes. Cuando se abarca así el conjunto del Mundo Antiguo, se comprende que ciertamente la vida de la humanidad debió concentrar su actividad de una manera excepcional sobre esta costa de la Siria. El orgullo nacional y religioso había persuadido a los Judíos que su ciudad de Jerusalén era el centro del mundo, y, según ciertas consideraciones, se encuentra realmente como Tiro, su vecina, en la región donde vienen a equilibrarse las fuerzas de los tres continentes conocidos de los antiguos: es indudable que en esa zona costera se cruzan los ejes principales según los cuales debía desarrollarse la historia.

Recuérdese la misión de primera importancia que corresponde a Irania, gracias a la línea de vida, al camino de las naciones que se desarrolla a lo largo del diafragma de las montañas del Asia central al norte y al sud de esta arista mayor. Las grandes vías del Extremo Oriente, que convergen de la India y de la China, se encuentran en esas comarcas para descender otra vez en seguida hacia la Mesopotamia, y formar su principal ganglio nervioso en la llanura donde el Tigris y el Eufrates aproximan sus cursos y mezclan sus aguas durante las cre-

cidas. Babilonia, o tal otra ciudad vecina, fué el centro de la historia asiática durante miles de años, y en ese mismo lugar

N.º 102. Relieve de Siria



1 : 5 000 000

0 100 200 300 kil.

se operaría, en la dirección del Noroeste y del Sudeste, la bifurcación de los dos caminos mayores de Europa y de Africa, si al occidente del Eufrates no se avanzasen los desiertos de



Arabia hacia el Norte en un vasto hemicíclo, impidiendo, o a lo menos haciendo casi imposible la travesía directa de las arcillas, de las arenas y de las corrientes de lava. La línea normal de comunicación se repliega, pues, hacia el Norte para remontar del curso del Eufrates hasta los montes anteriores del Taurus y ganar la costa, sea atravesando la banda estrecha de terreno que separa el codo nor-occidental del Eufrates y el golfo de Alejandreta, sea dejando la vía fluvial más al Sud para contornear el desierto y volver al litoral por una brecha de las montañas. De todos modos, que la ciudad de etapa fuese Kar-kemich, Halepo, Antioquía, Palmira o Damasco, el punto de divergencia de los dos caminos, de un lado hacia el Asia Menor y Europa, del otro hacia el continente africano, se encontraba trasladado a Siria, en la inmediata vecindad del Mediterráneo.

Desde el punto de vista de los caminos oceánicos, las ventajas que la Naturaleza asignaba a las ciudades fenicias, con ocasión del paso de la civilización a su perigeo, no fueron menores que para los caminos continentales. El Mediterráneo se extiende hacia el Oeste, que baña sobre 3600 kilómetros en línea recta las costas de Africa y las de Europa, recortadas al infinito, a lo menos al Norte, por los golfos y las bahías. A poca distancia, al Sud, al estrecho mar Arábigo, apunta su lengua bífida de Suez y de Akabah, hacia el golfo de Pelusa y el Mediterráneo, el mar Muerto y el valle del Jordán. De este modo, la línea de navegación, excepto una pequeña laguna, se desarrolla en un espacio que debió parecer casi sin fin a los marinos principiantes. Al Oeste alcanzaban el Atlántico, y se dirigían, sea del lado de las tempestades, de las brumas y de los hielos, hacia las islas Casitéridas, la lejana Tulea y las costas del Ambar, sea del lado del sol y de los vientos regulares para doblar el promontorio Soloeis y visitar las islas Afortunadas. Al Sud, iban por el estrecho de Bab-el-Mandeb, «Puerta de la Angustia», y navegaban hacia «Ofir», la punta meridional de Africa, los mares de la India, donde soplan alternativamente los vientos alisios y los monzones, y hasta Malasia.

También en la misma dirección de la costa siria, el paso del alto Eufrates, forma una cortadura a la raíz de la península



VISTA GENERAL DE HOMS

Cl. Bouffis.

De una fotografía.

anatólica para no detenerse sino a corta distancia del mar Negro; y este camino, aunque no utilizado directamente por grandes expediciones de comercio, no dejaba de servir a un importante tráfico sobre toda la serie de los mercados situados a lo largo de la «línea de vida». Por último, preciso es que conste que las importantes ciudades del litoral sirio y del inmediato país posterior estaban situadas a la mitad del camino de otras dos vías históricas de las más frecuentadas y hasta excedían en esta época a los caminos marítimos como arterias de comunicación. Estas dos vías eran, de una parte, el valle del Nilo, que avanzaba hacia el Sud hasta las regiones entonces desconocidas del Africa interior; de otra, las dos corrientes gemelas del Tigris y del Eufrates, con sus afluentes del Este, que se prolongaban a lo lejos en las tierras del ante-mar del golfo Pérsico. La costa de Siria, dispuesta por sí misma en una larga banda como los dos valles fluviales de que era intermediaria, tenía por eje natural un tercer camino utilizado en todas las épocas, el que forma el valle de Orontes, paralelo al litoral, y su continuación



meridional, el valle del Leontes, después el del Jordán, fértil y viviente en la alta mitad de su curso. Verdad es que la parte baja de ese surco, desde el mar Muerto hasta el golfo de Akabah, se hallaba inutilizada por la falta de aguas corrientes.

Todas esas grandes ventajas de orden mundial que presentan el curso y el entrecruzamiento de los caminos de los pueblos, debían, pues, manifestarse en todos los puntos de la costa siria que ofrecen circunstancias favorables como sitios de escala, de expedición, de pesca, de cultivo o de industria: cada poblado, cada villa que gozase de buena situación local, tenía serias probabilidades de transformarse en ciudad de gran importancia. Ahora bien, precisamente esta costa que, visto su conjunto parece ser casi rectilínea, con escasas escotaduras, y que, en efecto, es completamente inhospitalaria en su parte meridional, sobre todo el litoral de la antigua Filistia se recorta al Norte del monte Carmelo en cierto número de calas semicirculares donde se refugiaban los barcos de paso antes de que existiesen puertos artificiales contruidos por el hombre. La costa de Siria, como la de Mauritania en Africa, de Chile en el Nuevo Mundo y de otras regiones montañosas, presenta, fuera de las aristas principales de la cadena costera, una serie de promontorios dispuestos en escalones, separados unos de otros, de manera que forman lugares de abrigo muy apreciados contra ciertos vientos: así nacieron sobre ese litoral, bien protegidas contra la marejada del Sud y del Oeste, las ciudades de Beryte (Beirut) y Trípoli.

Algunos puntos de la costa eran favorecidos por otro privilegio, poseían muelles naturales y rompeolas formados por islotes o cadenas de escollos. En estos sitios las rocas bajas separadas de la tierra firme por aguas poco profundas, pero suficientes, no obstante en aquella época para dar asilo a los barcos, protegían las flotillas a la vez contra los vientos de fuera y contra los ataques de un enemigo; he ahí una de las causas mayores de la prosperidad que pudieron alcanzar las famosas capitales Arad y Sidón, y Tiro, aun más poderosa. Varias de esas ciudades, que disfrutaban además de la fertilidad de los campos del litoral vecino, se hallaban frente a una brecha de las montañas que formaban un camino natural para el comercio del

otro lado de los montes. Tal era precisamente la situación de Tiro, colocada cerca de la desembocadura del Leontes, cuyo curso seguían las caravanas que venían del alto Eufrates y de los oasis septentrionales del desierto.

La forma geográfica del litoral sirio, con su cadena de ciudades perfectamente dispuesta para el comercio, y, por consiguiente, destinada a recibir in-

migrantes de toda nacionalidad, gentes de toda raza, libres o esclavos, no permitía una perfecta unidad de origen en las poblaciones que allí se habían establecido: las emigraciones y contraemigraciones verificadas por tierra y por mar debieron cambiar de muy diferente modo el carácter de los elementos étnicos sobre la larga banda de territorio, unos 800 kilómetros, desarrollada de Norte a Sud, entre el Asia Menor y el Egipto. La influencia del medio ha con-

seguido ciertamente, según la duración de su acción, determinar semejanzas de tipos allí donde se presentaban en otro tiempo contrastes originarios; pero como nuevas mezclas de hombres,



«PIEDRA DERECHA», DE MERSIANA

(Véase mapa n.º 98, pág. 13)

Algunos viajeros atribuyen a este menhir, quizá fenicio una altura de unos 15 metros, otros 7 a 8 solamente.